

—Á esta hora (dijo Tom-Black) hay algunos marinos franceses que buscan por este lado á dos marineros, á los cuales White-Chapel ha dado libre asilo. ¡Esos dos hombres son los compañeros de esos marinos; son proveedores de prisiones!

—Habéis mentido, Tom-Black (gritó Placial). ¡Yo sólo vengo aquí para buscar una mujer!

Katchar observó que á estas palabras Tom-Black se puso pálido, con una palidez horrible.

—¡Ah! ¡Ah! (respondió el tabernero con una risa estridente, que dilató todos los músculos de su rostro lívido.) ¡Esa, os prometo que no la llevaréis viva!

Placial tembló instintivamente. Aquellas palabras y el tono con que fueron pronunciadas, era siniestro.

Placial se preguntaba con angustia si aquel hombre no habría matado ya á Genoveva.

Había en la lividez de aquel rostro bestial algo que parecía denunciar un crimen.

—¡Vamos, hijos míos (dijo bruscamente Tom-Black, volviéndose á sus amigos); ved aquí dos espías que es preciso arrojar al Támesis!

Había allí un centenar de bandidos, ebrios de *gin* ó de miedo, dispuestos á estrangular á los franceses.

—No des un paso adelante, Tom-Black (gritó entonces Katchar, cuyos ojos despedían llamas), ó te atravieso el corazón como tú me sajaste la mejilla!

Y su mano crispada cogió el mango de un largo cuchillo.

—Tengo casi deseos de aplastar á ese (dijo Tom-Black). Es una pequeña oruga indiana, á quien he debido triturar hace ya mucho tiempo. ¡El indio

contra el escocés! ¡El *match* del americano Heenan contra Tom Sayers, el campeón de Inglaterra, no os hubiera divertido tanto!

—Vamos, Dick (dijo al coloso que una noche le había llevado en triunfo): ¿quieres ver cómo se divide un hombre en dos?

Y reía estrepitosamente, notándose en él los síntomas de la embriaguez.

—Estamos perdidos (pensó Placial). Se doma á las fieras, pero no á hombres que tienen miedo.

¿Por qué tenían miedo aquellos bandidos? Porque estaban persuadidos de que el indio y el francés eran espías.

Por esto, furiosos, aullando, avanzaron hacia los dos hombres, que á su vez retrocedieron hacia la escalera de madera.

Algunas hojas de cuchillo brillaron acá y allá, en aquellas manos terribles.

—¡Estáis locos! (gritó Placial); ¡poco me importa! ¡Ved aquí el papel que he firmado! Lo entregaré, á pesar de todo, á Fiddler Joss, y deseo que por el arrepentimiento arranque del fango á algunos de vosotros.

Metió el papel en su bolsillo, y sacó bruscamente sus revólveres, á la vez que deslizaba con rapidez á Katchar esta frase:

—¡Á la escalera!

El semicírculo que formaba la multitud se estrechaba cada vez más alrededor de los dos hombres. En la primera fila, Tom, su dogo y el formidable Dick, aullaban, mostrando sus feroces colmillos.

Placial no había visto más medio de evitar una muerte segura que precipitarse por la estrecha

escalera que conducía á la sala de arriba, y de allí saltar por la ventana.

Emprendió la retirada, presentando sus revólveres, que mantenían á los bandidos á distancia: Katchar, ágil como un tigre, franqueó en dos saltos la rampa de madera, y abriendo rápidamente la puerta, la volvió á cerrar después con un brusco movimiento, tan pronto como Placial la hubo franqueado, marchando hacia atrás y teniendo siempre en la mano aquellos dos cañones que podían hacer doce disparos.

—¡Salvados!—dijo entonces el indio.

Con mucha rapidez, aunque tuvo que hacerlo á tientas, había Katchar corrido el cerrojo interior, impidiendo así á los bandidos el precipitarse en la sala oscura donde se encontraba ahora con el domador.

No había luz en aquella sala, y Placial interrogaba las tinieblas para poderse dirigir en tan completa oscuridad.

No se encontraba ventana alguna.

Del otro lado de la puerta, se oían los juramentos, las imprecaciones y las amenazas de aquella plebe enfurecida.

—La puerta es sólida (dijo Katchar), y nos permite algunos minutos de espera.

—Mas ¿por dónde hemos de huir?—repetía Placial.

Un suspiro ó una exclamación de espanto llegó entonces hasta los oídos de los dos hombres, que había partido de un sitio invisible de esta sala.

Después, la voz trémula de una mujer, dijo en inglés:

—¿Quién está ahí?... ¡No me hagáis daño!

Estradère se estremeció.

¿Sería acaso Genoveva?

—¡Genoveva! ¡Genoveva! ¿Sois vos?

—Yo no soy Genoveva (respondió la voz). Soy mistress Black! ¡No me matéis, por Dios!

—¡Mistress Black! ¡La mujer de Tom sin duda! ¡Tiene una compañera ese monstruo!....

¿Será culpable como él, ó será una mártir? Todos estos pensamientos cruzaron rápidamente por la mente de Placial.

—No temáis nada, mistress (le dijo). Si hay aquí gente amenazada, somos nosotros. ¿Cómo salir de aquí?

La pobre mistress Black, que, fatigada, rendida, se había echado en su cama, vestida, para dormir, se levantó, y encendiendo una cerilla, prendió la mecha de una pequeña lámpara de petróleo. Después dirigió una mirada esquiva á los dos extranjeros.

Ambos le preguntaron á la vez si aquella habitación tenía otra salida que la escalera.

—Nos persiguen para asesinarlos (dijo Placial), y son ciento contra nosotros dos.

—¡Misericordia! (dijo la buena señora, pálida como un cadáver.) ¿Se asesina en mi casa ahora? ¡Oh! ¡tendrán que matarme á mí antes esos bandidos!

Ante el peligro, el humor francés se apoderó de Estradère, que no era burlón por costumbre.

—Pardiez, mistress (dijo); ¡no es vuestra muerte la que ha de salvarnos! ¡Salvémonos juntos, en vez de morir uno al lado del otro!

—No hay más salida que la ventana de la otra habitación (dijo mistress Black). ¡Venid!

Y empujando una puerta, mientras que á pata-

das y á puñetazos formidables, intentaban desquiciar la que Katchar acababa de cerrar, entraron en la habitación contigua, corriendo á una ventana que daba á una calleja oscura.

Mas apenas abierta la ventana, mistress Black retrocedió aterrada. Había en la calleja unos treinta hombres. Formas sombrías se agitaban en aquellas tinieblas, donde resonaban clamores terribles y gruñidos amenazadores.

—¡Son ellos! ¡Matadlos! ¡Traed piedras! ¡Á pedradas! ¡Una escala es mejor! ¡Tus espaldas, Tommy, tú que eres un gigante! ¡Á retorcer el cuello á esos franceses! ¡Muéran, mueran!

—¡Por Dios! (dijo mistress Black.) ¡No bajéis por ahí! Os estrangularían en la calleja.

No había terminado estas frases la pobre mujer, cuando algunas piedras, rompiendo los cristales de la ventana, pasaron rozando su frente, y fueron á caer sobre el pavimento.

La pobre mujer apagó instantáneamente la lámpara.

—¡Estáis perdidos!—dijo.

—¡Bah! (respondió Placial.) Venderemos muy caras nuestras vidas.

Preparó de nuevo sus revólveres, mientras que Katchar, con una sonrisa que le hizo descubrir sus blancos dientes apretados, acariciaba el mango de marfil de su largo cuchillo.

—¿Pero cómo habéis venido aquí? ¿Por qué? (gritó la desgraciada mistress Black con desesperación.) ¡Vosotros no sois policías, según creo! ¿Sois extranjeros? ¿Franceses?

—Somos dos hombres que buscan á una mujer.

—¿Á Genoveva?

—Sí, á Genoveva. ¿Está aquí?

—¡No, nunca ha entrado en esta casa! ¡Está muriéndose en la vivienda del viejo Bob!

—¿Qué es lo que decís?

—Sí, la fiebre la mata. Desde por la mañana se encuentra muy enferma. Á estas horas, acaso haya exhalado el último suspiro.

—¡Ah! ¡Maldición! (gritó Placial, golpeando el pavimento con sus tacones.) ¡He ahí lo que Tom-Black quería decir!... ¡Y no haber podido yo arrancarla viva de este lodazal!

Golpes terribles descargados sobre la puerta que separaba la escalera de la habitación hicieron crujir las tablas. Una luz rojiza iluminaba la puerta, y su resplandor se ensanchaba como si el obstáculo fuera cediendo.

—¡Van á entrar! ¡Vedlos ahí!—gritaba, loca de terror, la pobre mistress Black, arrancándose los cabellos.

—Tu mano, Katchar (dijo Placial al indio). ¡Y adiós!

—¡Adiós, patrón! ¡Adiós, *Tiberio!*—murmuró Katchar, pensando en el gran tigre real, á quien había tomado cariño, porque las pupilas de aquella bestia salvaje le habían recordado con frecuencia su patria.

—Ahora (añadió Placial), abre esa puerta. ¡Abre la antes de que la derriben, y fuego al que se presente!

Katchar obedeció. Á su vez había amartillado una pistola de un solo tiro, que llevaba además del cuchillo.

Abierta la puerta, el indio saltó hacia atrás, como un jaguar, y esperó, con la cabeza ergui-

da y extendidos hacia adelante los dos brazos.

En el cuadro de la puerta se dejó ver de repente una masa informe de cabezas humanas, cuyas siluetas, al moverse, fueron dibujándose, y el conjunto de aullidos, rugidos é imprecaciones que de esta masa se desprendía, formaban un ruido atrozador, parecido al que produce un torrente, ensordeciendo á los dos hombres que, tan comprometidos como serenos, se hallaban esperando la llegada de aquel huracán.

Sobre aquellas cabezas se elevaron algunos brazos sosteniendo lámparas de esquistos encendidas, que permitieron ver rostros enrojecidos y feroces, propios de idiotas, de caníbales y de condenados.

Tom-Black y su dogo Nick estaban siempre en primera fila.

Hubo un momento instintivo de espera, como si aquella horda de malhechores hubiera vacilado en precipitarse sobre los dos hombres. Desde luego sabían los bandidos que el domador estaba armado. Tenía plomo en los cañones de sus revólveres para algunos de ellos, y no mostraban mucha prisa en avanzar, porque el destacarse del montón, como había dicho Placial, era presentar el pecho á las balas.

Katchar, plantado en el fondo de la sala, al lado de Placial, parecía, con sus ojos brillantes, buscar entre aquella horda infame aquel á quien se proponía herir el primero.

La sala estaba en una semiobscuridad, alumbrada solamente por la claridad incierta que á través de la ventana venía del exterior y por los rojizos resplandores de las lámparas elevadas en manos

de aquellas bestias; por esta causa, sólo confusamente podían los bandidos distinguir al indio y á su amo.

Mistress Black, en aquel momento de impaciencia y de suprema angustia, tuvo uno de esos arranques de heroísmo y de energía, más frecuentes de lo que se cree en las naturalezas tímidas y comprimidas, que hallan á veces en su debilidad el aliento y el valor que está muy lejos de suponerseles.

Se lanzó hacia su marido, y cogiéndole ambas manos, se arrodilló delante de él, suplicándole que respetara la vida de aquellos dos seres, y se evitase un crimen:

—¡Señor Black! ¡En nombre de Dios vivo, yo os lo suplico! ¡Black, me habéis hecho muy desgraciada; pero evitad la muerte de esos dos hombres, y os lo perdono todo!... ¡Escuchadme! ¡Recobrad sentimientos humanos, Tom! ¡Os lo suplico!

Tom, con un gesto brutal, rechazó á la desgraciada, y dió un paso hacia adelante.

Entonces, levantándose ágil, como movida por un resorte, y poniéndose rígida delante de él, le dijo con firmeza:

—¡Pues bien, Tom; me mataréis antes que á ellos, y no seré ya más tiempo vuestra cómplice!

Y cruzada de brazos, en una actitud resuelta, con la cabeza erguida, aquella cabeza acostumbrada á bajarse ante las miradas del monstruo á quien tenía que llamar su marido, arrostraba ahora la cólera de Tom-Black, y le miraba cara á cara.

Éste se encogió de hombros, y con gesto airado cogió con su hercúlea mano de *boxeador* los delgados brazos de mistress Black, haciéndola lanzar

un grito de dolor tan agudo, como si sus huesos hubieran crujido bajo la presión de una tenaza: después, con un movimiento brutal, la hizo rodar, aterrada y con los cabellos en desorden.

—¡Cobarde!—gritó Placial.

—¡El que hiere á los niños, bien puede golpear á las mujeres!—dijo Katchar.

Y apuntándole con su revólver, oprimió el gatillo; pero Tom, agachándose rápidamente, como hacen con frecuencia los *boxeadores* para evitar un puñetazo de su adversario, dió un salto de costado, y habiendo evitado la bala, prorrumpió en una sonora carcajada.

Después, y con una rapidez impropia de aquel coloso, cogió á su perro por la piel del pescuezo, y mostrándole al indio, le excitó á que le acometiese:

—¡Anda á él, Nick! ¡Muérdele! ¡Destrózale!

El terrible animal, que con ojos fieros y sanguinolentos miraba á aquella presa viviente, saltó furioso al cuello del indio; pero este levantó instintivamente el brazo derecho medio desnudo, en que sostenía el cuchillo, siendo mordido en él por el dogo, que hizo instantáneamente presa.

Horrible, con los ojos casi fuera de sus órbitas, el fiero animal quedó suspendido del cobrizo y delgado brazo del indio, con los colmillos clavados en su carne.

Katchar no lanzó un solo grito. Únicamente mostró sus dientes blancos en una pavorosa sonrisa, análoga á la del fakir que es condenado al martirio, ó á la del ajusticiado en presencia del verdugo.

Le era imposible herir al dogo con su puñal. La

mano que empuñaba el arma, podía apenas conservar el mango entre sus dedos, crispados bajo la impresión del dolor atroz que le producía la mordedura.

Los ojos inyectados de sangre del perro se fijaban en los ardientes de Katchar, y el indio sentía la mandíbula de acero de aquella fiera destrozarle los huesos, después de haberle destrozado los músculos.

Entonces, con su mano izquierda, con su mano cobriza, pequeña y fina, Katchar empuñó la garganta del dogo, y lentamente, sin dejar de sonreír, la apretó con un vigor creciente, hasta que, atravesando el cuello del perro Nick, sintió que sus cuatro dedos de acero se juntaban con su pulgar.

Hubo algo de verdaderamente horrible en aquel duelo silencioso del hombre con la bestia; el dogo, haciendo ya girar alrededor de las órbitas sus ojos extraviados y sin brillo, medio estrangulado, pero sin querer soltar su presa, con la boca llena de la sangre del indio, estaba horrible; Katchar, tranquilo, rígido, impassible, mirando con su sonrisa de semidiós indiano las convulsiones de la fiera, parecía la estatua de la Victoria.

Placial hubiera podido disparar sobre el perro y destrozarle la cabeza con una bala de su revólver. Pero podía también herir á Katchar. En aquella penumbra, los disparos no podían ser muy certeros. Por otra parte, Placial estaba directamente amenazado por Tom-Black, que le mostraba á sus compañeros. Estos tenían también armas. El domador oyó un ¡hurra! salir de entre aquel grupo, y sintió el silbido de un proyectil que le pasó rozando el cráneo. Placial respondió con dos disparos, y el doble ruido de dos cuerpos que cayeron sobre el

entarrimado, fué seguido de imprecaciones y rugidos de cólera. Tom-Black, que no había sido tocado por los proyectiles, y que permanecía de pie, se adelantó hacia Placial blandiendo un largo bastón herrado que acababa de arrancar de las manos de uno de sus amigos.

El bastón giró con violencia en la mano del *bo-weador*, produciendo en el aire un extraño silbido, y Placial sintió de nuevo el frío de la muerte pasar á una pulgada de su rostro; pero esta vez, la bala de su revólver rompió el arma entre las manos de Tom-Black, que soltó el pedazo que le quedó, diciendo:

—¡Mal apuntas, francés! ¡Tiras muy mal!

Entre Tom-Black y Placial había venido á colocarse Katchar con el brazo ensangrentado, colgando á lo largo de su túnica blanca, salpicada de manchas rojas: su mano izquierda manejaba el puñal de que se había servido.

Instintivamente miró Tom al sitio que el indio acababa de abandonar.

Había en aquel rincón de la sala un charco de sangre (¡la sangre del indio!), y en medio de aquella sangre, feróz, horrible, con la lengua colgando, los ojos fuera de las órbitas y blancos como pequeñas bolas de marfil, Nick, el dogo Nick, ahogado, estrangulado, tenía aun girones de la carne de Katchar entre los dientes.

El indio seguía sonriendo.

Tom-Black no pudo contener un grito de dolor y de rabia. Quería en extremo á aquel fiero animal, á aquel Nick de pelo corto, á aquel perro feroz, que era su compañero, y que dormía por las noches á los pies de su cama.

Lanzó un juramento atroz, y se precipitó sobre Katchar para arrancarle el puñal de las manos y coserle á puñaladas.

Pero Katchar dió un salto de tigre y escapó de aquel ataque, lanzándose bruscamente hacia la ventana.

Tom-Black le siguió.

Entretanto, Placial, rodeado, amenazado, esquivando con agilidad los cuchillos que lanzaban sobre su cabeza y los garrotazos que le dirigían, giraba alrededor de sí mismo, disparando sobre los bandidos. Cada detonación derribaba un hombre; pero costaba al domador uno de sus cartuchos. No era ya posible luchar mucho tiempo. ¿Qué ocurriría cuando las municiones se acabaran?

Placial disparó sus dos últimos cartuchos. Por toda defensa le quedaban las culatas de sus pistolas, con las que podía romper el cráneo á los que le estrechaban más de cerca. ¿Pero de qué le serviría esto contra aquella horda salvaje?

Excitados con el olor de la pólvora, cuyo humo llenaba la sala; furiosos á la vista de los compañeros que se arrastraban sobre su sangre, con el pecho ó el cráneo agujereados; enloquecidos como las bestias que se embriagan con el apetito de la sangre y con el repugnante perfume de la carnicería, los bandidos, resueltos á vencer á todo trance, rugían ahora como los salvajes alrededor del prisionero que van á despedazar con sus dientes ó á desgarrar con sus uñas.

Jamás Estradère, delante de sus tigres, había oído ronquidos tan siniestros; jamás había visto miradas más abrasadas, ni oído alientos tan fétidos. Era la bestialidad humana desencadenada y

sin freno, la que en toda su cruel ferocidad tenía delante de sí.

Aquellos seres repugnantes olfateaban la muerte.

En el cerebro del hombre que se ahoga aparece toda su vida pasada, como en un panorama súbitamente alumbrado por un rayo de luz. Así sucedió á Placial Estradère en este crítico instante. Un pensamiento supremo le dominó por completo; un pensamiento triste, y, sin embargo, consolador.

—No he conocido á Genoveva. Mas puesto que ella se muere, y yo voy á morir, henos ya reunidos.

Y de pie, impasible, esperó tranquilo el golpe de aquellos bandidos.

No había sido herido, y se mantuvo de pie como clavado en el muro, terrible, con su elevada estatura y sus cabellos en desorden.

—Mientras permanezca de pie (se decía), nada se habrá perdido. La muchedumbre no pisa más que encima del que cae.

Aun herido ó muerto, se juraba en voz baja que permanecería rígido y de pie, para no ser aplastado por los pesados talones de aquellos miserables.

Katchar había sido rodeado por Tom-Black y una decena de bellacos.

Instintivamente se había acercado á la ventana, para asegurarse de si la calleja estaba aún ocupada, y, si no lo estaba, saltar, si era posible, en compañía de Placial.

Sin dejar de mirar á sus enemigos, se asomó un momento á la ventana, abierta todavía; y apenas su silueta blanca se destacó en el hueco de la ventana, cuando oyó distintamente en la calleja su nombre, pronunciado por una voz que creyó reconocer.

—¡Katchar!....

En el mismo momento, Tom-Black y sus compañeros, con la crueldad pintada en los ojos, aullaban alrededor del indio como alrededor de una presa segura.

—¡Por la ventana! ¡Arrojémosle por la ventana!

—¡Que se rompa la cabeza contra el pavimento!

—¡Muera el indio!

—¡Un empujón, y que caiga!

—¡Esperad! (gritó Tom-Black.) Ha estrangulado á mi viejo Nick. Quiero ahogarle con mis manos.

—¡Avanza, pues!—dijo Katchar, con su extraña sonrisa, que era á la vez tranquila y feroz.

Y su mano izquierda se aprestó á hundir el puñal en el corazón del malvado.

De repente, en la sombría calleja, sonaron disparos, que fueron seguidos de gritos de dolor y de terror, que atronaron aquel pasaje obscuro, donde poco antes aullaba una muchedumbre siniestra. Los compañeros de Tom-Black se detuvieron estupefactos, y Tom mismo se paró, no comprendiendo la causa de aquel tumulto.

¿Sería la policía?

No; la policía no baja nunca armada de pistolas á estos lugares.

¿Una batalla entre bandidos?

Tampoco: el cuchillo, y no la pistola, es el que juega en estos encuentros.

El semicírculo que aullaba alrededor de Placial se había medio desordenado, y aquellos malvados, azorados, escuchaban silenciosamente, temerosos de ser sorprendidos en aquel lugar sangriento.

Los disparos continuaban en la calleja.

Katchar, comprendiendo que cualquiera que fuese la causa de aquellos disparos, tenía abajo un socorro eficaz, lanzó un grito penetrante, diciendo:

—¡Aquí, á nosotros! ¡Socorro!

¡Cosa extraña! Tom-Black, dispuesto momentos antes á estrangular á Katchar, retrocedió, presa de un temor inexplicable. ¿Quién había venido? ¿Cuál era la causa de aquellos disparos?

Más de un bandido pensó en huir, y Tom mismo no pensaba ya en vengar á su dogo.

Á la puerta, por donde poco antes se habían precipitado amenazadores los parroquianos de *El Hacha y el Ancla*, se agolpaban ahora asustados aquellos bellacos, pisoteando á sus compañeros heridos, que lanzaban gritos agudos y juramentos atroces, mordiendo con rabia las piernas de los que así pisoteaban sus heridas.

—¡Avanza, avanza!—repetía Katchar á Tom-Black, con su extraña sonrisa.

Y, á pesar de la obscuridad, Tom distinguía los dientes de lobo que enseñaba el indio.

La cólera invadió de nuevo al *boxeador*, y dejando á los otros batirse en retirada, se precipitó sobre Katchar. Pero en el momento en que iba á coger entre sus manos la mano del indio que empuñaba el cuchillo, dos formas humanas, dos cabezas y después dos cuerpos, aparecieron en la ventana, y Tom-Black retrocedió, oyendo estas palabras pronunciadas en francés, como si fueran un grito de guerra:

—¡Defiéndete, Katchar!

—¡Somos nosotros! ¡Viva el *Mistral*!

Aquello era como una aparición fantástica. Los

dos hombres que surgían así, destacándose como dos sombras en el hueco de la ventana, armados, con los brazos extendidos, teniendo á los asesinos acobardados con la boca de los cañones de sus revólveres, eran Yan Paullaouec y Lemagnen, los marineros de Montpezat.

—¡Pardiez! (pensó Placial, al reconocer las voces): ¡nos hemos salvado! ¡La muerte no quiere hoy nada con nosotros!....

La mayor parte de los bandidos se había escapado precipitadamente por la pequeña escalera que conducía á la sala del piso bajo, y el domador se encontraba ahora libre en sus movimientos. Se lanzó, pues, al lado de Katchar, mientras que Tom-Black, para evitar las balas de aquellos nuevos adversarios, se replegó prudentemente; y, con la espalda encorvada y marchando hacia atrás, ganó la puerta, tropezando con los cuerpos de los heridos.

Lemagnen y Paullaouec habían ya saltado por la ventana, y se encontraban en la sala. El bretón Yan, testarudo y furioso, corrió entonces á la puerta, y disparó al azar en la escalera un tiro de revólver, que hizo lanzar un rugido á los fugitivos.

Mientras tanto, el grueso Lemagnen, con su acento normando, preguntaba á Katchar:

—¿Qué diablos os ha sucedido, Katchar?

—Nada, apenas; que, á no haber sido por vosotros, hubiéramos sido estrangulados,—respondió Placial.

—¡Bien, muy bien! Hemos tenido buena nariz viniendo por este lado,—dijo Lemagnen.

—Buscábamos, sin encontrarles, á Fargeotte y Rondonneau, que deben estar agazapados en alguna

madriguera, y hemos llegado á tiempo para auxilia-
rios.

—¿No te decía yo que había oído la voz del
morenillo?—dijo Yan Paullaouec.

Y el bretón, acercándose á Katchar, le tendió
la mano; pero, al tocarle, el indio dejó escapar
una queja comprimida. Yan exclamó:

—¿Qué tienes?... ¡Sangre!... ¿Estás herido?

—No es nada,—respondió Katchar.

—Marchémonos (dijo el domador). Katchar tiene
el brazo destrozado.

Un ruido sordo y prolongado se dejó oír enton-
ces del lado de la calleja, algo parecido al ruido de
una tempestad.

—¡Escuchad!—dijo Placial.

—Apuesto (dijo Lemagnen) que son el Capitán
y el Teniente, que tienen camorra con esos be-
llacos.

—¿Montpezat ha venido con vosotros?

—¡Ya lo creo! ¡Y el señor Bourrageas también!
¡Y armados como para entrar al abordaje! ¡No
temáis nada; los *inglesitos* deben mirar lo que
hacen!

—¡Vamos! ¡Pronto!—dijo Yan Paullaouec, lan-
zándose á la escalera revólver en mano.

Estradère y Katchar le siguieron, mientras que
Lemagnen, que iba el último, rechazando con el
pie á los bandidos tendidos en tierra sobre sus sangre,
les decía:

—¡Imbéciles! ¡Como si no fuese más cómodo y
menos expuesto ser honrados!

Placial se había olvidado de la pobre mistress
Blak, que, arrodillada contra el muro, temblando y
sin voz, trataba en vano de dirigir á Dios una ple-

garia por su marido, por los dos hombres ataca-
dos, y por los muertos.

La sala de la taberna de *El Hacha y el Ancla*
estaba vacía. Un pánico horrible se había apoderado
de los bandidos á quienes una hora antes arengaba
Joss el violinista. Se habían escapado en todas di-
recciones, creyendo que habían desendido fuerzas
de policía de Scotland Yard. El mismo Tom-Black,
empujado por la corriente, había huído. El mostra-
dor que había servido de tribuna á Fiddler Joss
había sido derribado. Un olor producido por el de
la cerveza y el alcohol llenaba por completo la sala.

¡El piso bajo olía á orgía, á embriaguez! ¡El
piso alto apestaba á crimen, á sangre!

Algunas luces humosas alumbraban las mesas
destrozadas, los bancos rotos, las sillas caídas.

Yan Paullaouec se precipitó en la calleja.

Placial le oyó que decía:

—¡Entrad, mi Capitán! ¡Eran ellos!

Montpezat apareció muy pálido, y, lanzando un
grito de alegría, se arrojó al cuello de Placial, ex-
clamando:

—¡Oh! ¿no os ha sucedido nada, amigo mío?

Hubo en aquel fraternal abrazo una emoción
tan tierna y tan profunda, que los dos marineros se
conmovieron.

—¿No te impresiona esto un poco, *Bretón*?—
dijo Lemagnen, arrojando el tabaco que mascaba,
y aprovechando este movimiento para enjugarse
los ojos.

—Sí, *Normando* (respondió Yan, encogiéndose
de hombros). Cuando yo te repetía: «¡Es el indio
quien grita! ¡Quieren asesinarle! ¡El señor Estra-
dère está en peligro!», tú me decías: «¿Qué diablos

ha de buscar ahora aquí el indio?» Y sin mí....

—¡Sin tí! ¿Quién ha buscado la escalera de los bomberos y la ha colocado debajo de la ventana?

—Tú. ¿Pero quién ha dicho: «¡Es del lado de la taberna; corramos!»?

—Tú. Pero sé franco....

—¿Qué es eso? (interrumpió el teniente Bourrageas.) ¿Es que ya vais á disputar? ¡Eh, díscolos! ¡Tenéis otras cosas mejores que hacer! ¡Si permanecemos en este agujero, los malvados que han huido volverán, y van á cogernos como ratas en la ratonera! ¡Marchemos!

—¡Marchemos! (dijo Montpezat.) ¡El Teniente tiene razón! ¡Tenemos ganada la batalla, y podríamos perderla!

—Partid, si queréis (respondió Placial). ¡Yo me quedo!

—¡Qué locura! ¿Para qué?

—Para ir al *Campo de la Puerta Azul* á estrechar en mis brazos á la que busco.

—¡Pues bien! Os seguiremos, Estradère.

—Pero Katchar está herido,—dijo Bourrageas.

La inmutable sonrisa de Katchar descubrió de nuevo sus blancos dientes.

—Yo iré adonde sea necesario (dijo). Aún tengo una mano libre para el combate.

Y miró con una especie de desdén su brazo derecho, que, ensangrentado, colgaba inerte, pegado á su traje blanco, horriblemente manchado de sangre.

—¡Qué suerte ha sido que nos hayamos lanzado de nuevo esta noche en persecución de nuestros ladrones!—repetía Lemagnen alejándose.

Y aquel pequeño grupo de hombres, con el ojo

en acecho y el dedo en el gatillo de sus revólveres, parecidos á un puesto de soldados cercados por los pieles rojas, marchaba en la obscuridad por calles que el ruido de la batalla había dejado súbitamente desiertas, por haberse escondido en sus madrigueras todos los bandidos.

Pero ninguna precaución debía parecer excesiva, porque de un momento á otro podían aquellos cafres aparecer de nuevo, vengativos y amenazadores.

Á la vez que se alejaban, Placial iba pronunciando en voz baja palabras que habrían podido creerse desprovistas de sentido. Pero si hubieran escuchado con atención, le habrían oído decir:

—Francisco, tú me perdonarás, ¿no es verdad? ¡En cambio, yo intentaré todo para salvar á tu hija!